

(Mitologías Antiguas: India 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10)

## ZARATUSTRAS Y EL REINO DE LUZ

5º

El niño que rió al nacer  
Zaratustra sobrevive a las llamas  
La huida a un nuevo país  
El ángel "buen propósito"  
En la corte del rey Vishtaspa  
El reino de luz

### El niño que rió al nacer

Cuando el Dios de la Luz, Ahura Mazda vio como el mal se había extendido, decidió que un hombre debería nacer en la tierra y que este hombre llegaría a ser un gran jefe. Este jefe enseñaría a las personas el camino verdadero y bueno de la vida, y así rompería el poder de Ahrimán, Dios de la Oscuridad.

Él escogió como padres de este niño a unos campesinos simples, el nombre del padre era Pourushaspa y el de la madre Daghdú.

Ahrimán sabía que el niño lucharía contra él, así que, cuando Daghdú estaba embarazada, el Señor de la Oscuridad envió un ejército de espíritus malos. Ellos llegaron como una nube negra que cubrió el cielo entero, y esa nube estaba formada por miles y miles de criaturas horribles: tigres con alas de murciélago, buitres con patas de tigre y serpientes con cabeza de lobo.

Pero antes de que la nube de monstruos se posara sobre Daghdú, un gran ejército de ángeles apareció llevando espadas hechas de rayos de luz. Estos ángeles de Ahura Mazda tumbaron a los monstruos. Ellos gritaron y chillaron, y luego huyeron en todas las direcciones.

De nuevo el sol brilló claro y luminoso en el cielo, y Daghdú cayó sobre sus rodillas para alabar a Ahura Mazda que la había salvado. Ahrimán planeaba matar a la madre pero había fallado.

Daghdú dio a luz un pequeño niño. Todos los bebés lloran cuando nacen, pero este bebé era diferente, se rió con un sonido claro, era la risa de un bebé diminuto. Esta risa, que pudo oírse en todas partes de la tierra, duró sólo unos momentos.

Aquella risa, hacía que todas las personas buenas y espíritus buenos en el mundo, por un instante, cayeran en una gran felicidad al escucharla. Era como si una gran alegría hubiera llegado a ellos. Pero todas las personas malas y espíritus malos, todos esos que estaban bajo el hechizo de Ahrimán, cayeron en un gran miedo. Ellos sintieron terror por el sonido de la risa, y se escondieron en las esquinas oscuras y agujeros hasta que el sonido terrible se detuvo.

Todas las personas sobre la tierra oyeron esta risa; y dio alegría a todos los que eran buenos, golpeando de terror a todos los que eran malos. Los padres del bebé que se rió, llamaron a su pequeño hijo "Estrella Dorada", que en el lenguaje persa es Zaratustra.

El pequeño Zaratustra se rió cuando vino al mundo, y el sonido de su risa también alcanzó a Ahrimán, quien tembló cuando la oyó, pues era como el tintineo de campanillas color de plata.

Cuando el sonido de la risa del niño cesó, había rabia y furia en el corazón de hielo de Ahrimán. Él, el Señor de la Oscuridad, Príncipe de los Espíritus Negros y Rey de las Mentiras, había sido remecido por el sonido producido por un pequeño niño. El sabía quién era aquel bebé, sabía de dónde esa risa odiosa había venido, y juró venganza.

La tierra donde Pourushaspa y Daghdú vivían era gobernada por el Rey Duransarún, que era un hombre malo; de buena gana abrió su corazón y mente a los pensamientos negros que venían de Ahriman. Los espíritus de la oscuridad le susurraron:

*"El niño recién nacido de Pourushaspa y Daghdú es un peligro para Usted, y no se le debe permitir crecer. Será mucho más fácil matarlo ahora, en lugar de esperar que él sea un hombre adulto y que desafíe su poder"*

Al día siguiente, el Rey Duransarún salió en dirección a la choza pobre y pequeña de Pourushaspa y Daghdú. Cuando el Rey llegó, la madre y el padre estaban afuera en los campos trabajando, y habían dejado al bebé dormido en una pequeña cuna. Abrió la puerta de la choza, entró y se halló solo con el niño Zaratustra.

El Rey miró al bebé con una sonrisa malvada y pensó:

*"Nunca más volverán los padres a oír la voz de este niño; él no crecerá para desafiar el poder del mal en el mundo"*

Rápidamente, el Rey Duransarún sacó una daga afilada que había traído con él, y alzó su mano para clavarla en el pecho del niño. Pero en esos momentos, el bebé abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga; al instante, la mano del Rey se entorpeció, su brazo derecho perdió su fuerza del todo y se paralizó, y llegó a ser como un palo seco.

La daga cayó al suelo. Estupefacto de terror, el Rey miró su brazo y mano muertos, retrocedió y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño, cuya mirada había hecho que su brazo derecho y su mano se inutilizaran por el resto de su vida.

Ahora el Rey Duransarún odiaba a Zaratustra más que antes. No se acercaría al bebé de nuevo, pero como era un rey, podía enviar a sus sirvientes. De este modo, llamó a dos de sus hombres y les dijo:

*"Les ordeno tomar al niño del campesino Pourushaspa y tirarlo al fuego. No regresen hasta que hayan hecho tal acción o los quemaré a ambos vivos"*

Los dos hombres se fueron, y se escondieron cerca de la choza hasta que vieron salir a Pourushaspa y a Daghdú en dirección a los campos para trabajar. Cuando estaban seguros de que los padres estaban bien lejos, los sirvientes del Rey Duransarún, rápidamente, entraron, tomaron al bebé de su cuna y se fueron lejos.

Para su sorpresa, el niño no emitió sonido alguno, no lloró ni pareció entender. Uno de ellos llevaba al niño, mientras el otro hombre llevaba una carga de madera seca. Caminaron por mucho tiempo hasta que alcanzaron el desierto, allí hicieron una gran hoguera y cuando las llamas estaban ardiendo, tomaron al niño y lo tiraron en ella. Luego se fueron riendo, pues había sido tan fácil cumplir la orden del rey.

Volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que no necesitaba tener más preocupaciones por el bebé, puesto que su vida había acabado en un gran fuego en el desierto.

Entretanto, los padres de Zaratustra regresaron de su trabajo y hallaron la cuna vacía. La pobre madre estaba desesperada. Salió de casa y empezó a buscar a su hijo. Ella pensaba:

*"Quizás un lobo ha venido y lo ha arrastrado lejos, o quizás el bebé se ha caído de la cuna y ha gateado lejos"*

Ella no podía saber qué es lo que había pasado, pero no iba a descansar hasta encontrarlo.

Cuando estaba oscureciendo, Daghdú vio una luz fuera, en el desierto. Con gran miedo en su corazón, se apresuró hacia allá, pero cuando se acercó vio algo muy extraño. El fuego estaba por apagarse, y en medio de las pequeñas llamas que quedaban, se hallaba sentado Zaratustra, sonriente y jugando con las pequeñas lenguas de fuego como si fueran sus juguetes. Lo más sorprendente de todo era que estaba ileso.

El Rey Duransarún había fallado dos veces en sus intentos de destruir a Zaratustra, pero estaba del todo decidido a causar la muerte del niño. Sabía que el muchacho no podía ser muerto por las armas, pues había perdido el uso del brazo derecho cuando había tratado de apuñalarlo; ni tampoco el niño podía ser muerto por el fuego. Pero había aún otras maneras. Llamó a los dos mismos sirvientes y les dijo:

*"La última vez ustedes fallaron en matar al niño, no fallen esta vez. Quiero que el niño sea tirado a las bestias salvajes. Vayan y cuiden de hacerlo bien"*

Ahora los padres de Zaratustra tenían miedo de dejar al niño solo, por las cosas extrañas que habían pasado. Pero eran campesinos pobres, y si no realizaban ambos el trabajo en el campo no tendrían lo suficiente para comer. Podían sólo confiar en que Ahura Mazdao, que había protegido de las llamas al niño, continuara vigilándolo.

De nuevo, los dos sirvientes del Rey Duransarún esperaron hasta que el niño estuviera solo. De nuevo tomaron a Zaratustra y lo llevaron lejos; pero esta vez ellos fueron al bosque y buscaron hasta que encontraron la guarida de los lobos. Cuando se acercaron a la cueva, la cabeza de un lobo grande gris apareció afuera. La bestia gruñó y mostró sus colmillos, pero no tenían el deseo de luchar contra el lobo salvaje. Rápidamente, uno de ellos tomó al bebé y lo tiró a la cueva. Entonces ambos corrieron para salvar sus vidas. Volvieron ante la presencia del rey y le dijeron:

*"Hemos arrojado al niño a los lobos más feroces en el bosque, y seguramente es el fin del niño"*

Cuando los padres de Zaratustra volvieron, una vez más hallaron la cuna vacía. Buscaron, desesperadamente al niño, hasta que al final llegaron a la cueva de los lobos en el bosque. Dentro de esta cueva, Pourushaspa y Daghdu podían oír gruñir y aullar a los lobos. Temerosamente la madre se acercó. Allí estaba su niño Zaratustra jugando con dos cachorros de lobos. Él alaba de sus colas y ellos lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Dos lobos enormes viejos, el lobo y la loba, estaban sentados allí felices como si el muchacho fuera un miembro más de su familia.

Daghdu caminó dentro temblando, esperando en cualquier momento ser atacada por las bestias grandes. Pero ellas se sentaron tranquilamente, y cuando Daghdu tomó al niño y caminó hacia afuera, ellos no se movieron. Una vez más, Zaratustra fue devuelto a sus padres seguro y sano.

De nuevo las noticias de que Zarathustra estaba ileso llegó a oídos del Rey Duransarún. Él miró su mano derecha seca, que todavía no había sido vengada, y con su rostro adusto llamó a sus dos sirvientes. El malvado rey les dijo:

*-¡Han fallado de nuevo!. Hay un bebé desvalido, y ustedes dos no pueden deshacerse de él. Me enfureceré mucho con ustedes si no destruyen a este niño. Como bestias salvajes lo han adorado, quizás animales domados no sean tan piadosos. Vayan y vean que el niño sea pisoteado por alguna manada hasta morir"*

Los dos sirvientes se fueron, y una vez más tomaron al niño y lo llevaron lejos cuando sus padres estaban afuera en los campos trabajando. Esta vez llevaron a Zaratustra a una senda estrecha donde cada tarde, una manada grande de ganado pasaba para beber de un río cercano. Los toros y vacas estaban acostumbrados a que ningún pastor fuera con ellos. Los hombres colocaron al niño en medio del sendero. Entonces volvieron donde el Rey Duransarún y le dijeron que nada en el mundo podría salvar al infante de las pisadas de las bestias.

Había sido un día caluroso. La manada había estado pastando fuera bajo el sol ardiente, y estaba muy sedienta. Ésta corría hacia abajo por la senda y el sonido de sus cascos parecía un trueno. Galopando delante del resto estaba un toro negro enorme -el más viejo y más fuerte de la manada-; pero cuando este enorme toro negro vio al pequeño bulto -el bebé que estaba en su camino- él se detuvo. El animal enorme dio un paso hacia delante y quedó de pie sobre el niño, así los otros toros y vacas tenían que abrirse paso a la derecha y a la izquierda.

El viejo toro estuvo de pie como una roca en un río, y el resto de la manada fluyó como olas, a un lado y al otro lado de él. Mientras los otros animales bebieron en el río, el toro se quedó y estuvo de pie en guardia sobre el bebé.

Los campesinos querían saber porqué el toro no estaba junto a la manada, y cuando fueron a ver, hallaron al bebé descansando, seguro y sano, entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue llevado lejos, el viejo toro bajó al río a beber.

Los padres de Zaratustra se dieron cuenta de que era el Rey Duransarún quien había tratado, una y otra vez, de matar a su niño. Así es que decidieron huir. En secreto, una noche, ellos salieron de su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarún, el sirviente de

Ahrimán, no tenía poder. Llegaron así a otra parte de Persia donde el Rey Vishtaspa gobernaba. Este rey no era malo; y allí nadie sabía ninguna cosa sobre el niño Zaratustra.

## Zaratustra sobrevive a las llamas

El pequeño Zaratustra se rió cuando vino al mundo y el sonido alegre de su risa también alcanzó a Ahrimán. También el señor de la maldad tembló cuando escuchó la risa que era como el tintineo de una campana de plata. Pero cuando cesó el sonido de la risa del niño, había cólera y furia en el helado y frío corazón de Ahrimán. Él, el señor de la oscuridad, el príncipe de los espíritus malignos, el rey de las mentiras, había sido sacudido por el dulce sonido de la risa de un niño pequeño. Sabía quién era este niño. Sabía de dónde venía esta odiosa risa. Juró venganza.

Ahora el país donde Pourushaspa y Daghdú vivían estaba regido por el rey Duransarun que era un hombre terrible. Voluntariamente abrió su corazón y su mente a los pensamientos oscuros que venían de Ahrimán. Y los espíritus oscuros le susurraron:

*—“El recién nacido hijo de Pourushaspa y Daghdú es peligroso para ti y no debes permitir que crezca. Será más fácil matarlo ahora, mejor antes de esperar que sea un hombre mayor que desafiará tus poderes”.*

Al día siguiente el rey Duransarun se encaminó hacia la pobre y pequeña choza de Pourushaspa y Daghdú. Cuando el rey llegó ambos estaban trabajando en el campo y habían dejado al bebé dormido en una cuna. El rey abrió la puerta de la choza, entró y se encontró solo con el niño dormido, Zaratustra. Miró al bebé con la mueca de una sonrisa. Los padres nunca más escucharían la risa del niño; este niño nunca llegaría a la madurez para desafiaría el poder del mal en el mundo. Repentinamente el rey sacó una daga afilada de su cinturón, y levantó su mano para hundirla en el pecho del niño. En ese instante el niño abrió sus ojos y miró la mano que sostenía la daga. La mano del rey se paralizó. Su brazo derecho perdió su fuerza y maldad, quedó como un palo seco. La daga cayó al piso. Sin hablar, con profundo terror, el rey miró su brazo y su mano muertas. Se dio vuelta y huyó de la casa. Corrió como loco para alejarse del niño cuya mirada había dejado inútiles a su brazo y su mano por el resto de su vida.

Ahora el rey Duransarun odiaba a Zaratustra aún más que antes. No volvería cerca del niño otra vez, pero era el rey y podía enviar a sus sirvientes. Así llamó a dos de sus hombres y les dijo:

*—“Les ordeno que lleven al hijo del campesino Pourushaspa y lo echen al fuego. No vuelvan hasta que lo hayan hecho o ambos serán quemados vivos”*

Los dos hombres salieron y se escondieron cerca de la choza hasta que vieron a los padres salir hacia el campo a trabajar. Seguros de que los padres estaban tan lejos que

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

no podrían verlos, los sirvientes rápido entraron, tomaron al bebé de su cuna y se apuraron a salir. Para su sorpresa el niño no hizo ningún sonido; no lloró y pareciera que no le importara.

Uno de ellos llevaba al niño mientras que el otro llevaba un montón de madera seca. Caminaron un largo tiempo hasta que alcanzaron el desierto. Apilaron la madera e hicieron una gran fogata. Y cuando estaba ardiendo fieramente, tomaron al niño y lo tiraron en ella. Y se fueron riendo. Había sido tan fácil de hacer la tarea ordenada por el rey. Regresaron al palacio y le aseguraron que no necesitaba temer más por el bebé. Su vida se había acabado en un gran fuego en el desierto.

Mientras tanto, los padres de Zaratustra volvieron de trabar y encontraron la cuna vacía. La pobre madre estaba desesperada. Salió de la casa y comenzó a buscar a su hijo. *¿Quizás un lobo lo había arrastrado lejos? ¿Quizás el bebé había caído de la cuna y gateado lejos?* No logró saber qué había pasado, pero no descansaría hasta encontrarlo. Siguió buscándolo y cuando oscureció Daghdú vio el resplandor de un fuego en el desierto. Con pavor y miedo en su corazón, se apresuró a ir hacia él.

Cuando se estaba acercando vio una extraña señal. El fuego casi se había apagado pero en las brillantes brasas estaba sentado su hijo Zaratustra, sonriendo y jugando con las pequeñas lengüetas de fuego como si fueran sus juguetes. Y él estaba completamente a salvo, chillando de felicidad. Daghdú lo abrazó con alegría y lo llevó a la casa.

Se esparció la historia de lo que había ocurrido y de cómo el fuego no lo había dañado.

La gente hablaba sobre Zaratustra. Ellos decían que el niño debía ser amado por Ahura Mazda, señor del fuego. Y cuando el rey Duransarun escuchó esto, que Zaratustra todavía vivía, comenzó a pensar en otra manera de destruir al niño

## La huida a un nuevo país

El rey Duransarun había fallado dos veces en destruir a Zaratustra. Pero se había empeñado en matar al niño. Supo que el niño no podía ser muerto con armas porque él había perdido el uso de su brazo derecho cuando había tratado de apuñalarlo.

Pero había otros medios. Llamó a sus dos sirvientes y les dijo:

*—“La vez pasada fallaron en darle fin al niño. ¡No me fallen esta vez! Quiero que ahora sea arrojado a las bestias salvajes. ¡Vayan, y que mi deseo se cumpla!”*

Desde el incidente del fuego los padres de Zaratustra temían dejar solo al niño porque pasara cualquier cosa extraña. Pero eran gente pobre, y si ambos no trabajaban en el campo, no conseguían lo suficiente para comer. Sólo podían confiar que Ahura Mazda, que había protegido al niño de las llamas, continuaría cuidándolo.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Una vez más, los dos sirvientes del rey Duransarun esperaron hasta que el niño estuviera solo mientras los padres trabajaban. Y otra vez tomaron a Zaratustra y se lo llevaron.

Pero esta vez fueron hacia el bosque y buscaron hasta que encontraron una madriguera, una cueva donde vivían los lobos. Cuando se acercaron a la cueva un lobo grande gris sacó su cabeza. La bestia gruñó y mostró sus colmillos, pero no tenían deseos de pelar con el lobo salvaje. Rápidamente, uno de ellos tomó al bebé y lo tiró dentro de la cueva. Luego los dos corrieron por sus vidas. Volvieron a ver al rey y dijeron:

*–“Hemos tirado al niño al más fiero lobo en el bosque y eso, seguramente, será su fin”.*

Cuando los padres de Zaratustra volvieron, otra vez encontraron vacía la cuna. Buscaron desesperadamente al niño y, siguiendo las huellas, llegaron a la madriguera de los lobos en el bosque. Podían oír gritos y aullidos. Llena de miedo, la madre avanzó para ver dentro. Allí estaba su hijo Zaratustra jugando con dos cachorros de lobo. Le tiraba de sus colas y ellos le lamían sus manos con sus pequeñas lenguas rojas. Y dos enormes lobos viejos, mamá y papá lobo, estaban sentados contentos como si el niño fuese un miembro más de la familia. Daghdú entró, temblando, esperando el momento de ser atacada por las grandes bestias. Pero ellos estaban tranquilos sentados sobre sus ancas. Aun cuando ella tomó al niño y salió, los lobos no se movieron. Y una vez más Zaratustra fue recuperado sano y salvo por sus padres.

Una vez más, la noticia de que Zaratustra estaba ileso llegó a Duransarun. El rey miró su debilitada mano derecha, por cuyo daño todavía no había logrado vengar. Su cara se tornó oscura cuando llamó a sus dos sirvientes. Les dijo:

*–“¡Han fallado otra vez! Hay un bebé indefenso y ustedes dos no pueden deshacerse de él. ¡Les irá muy mal si este niño no es destruido! Aunque los animales salvajes lo han perdonado, quizás los animales domesticados no serán tan compasivos. ¡Vayan y hagan que el niño sea pisoteado a muerte por el ganado”.*

Los dos sirvientes se marcharon y una vez más ellos tomaron al niño, cuando los padres estaban trabajando en los campos. Esta vez llevaron a Zaratustra a un angosto sendero donde cada noche, una gran manada de ganado pasaba para ir a beber de un río cercano. Los toros y vacas estaban tan acostumbrados a ir por ese camino que los campesinos los dejaban ir solos.

Los hombres colocaron al niño en medio del sendero. Volvieron a ver al rey Duransarun y le dijeron que nada en el mundo podría salvar al niño de los cascos de las bestias.

Había sido un día caluroso. El ganado había estado afuera pastando bajo el quemante sol y estaba muy sediento. Bajaban corriendo por el sendero, y el sonido de sus cascos era como el trueno. Al frente iba un enorme toro negro, el más viejo y el más fuerte de la manada.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Pero cuando ese toro grande y negro llegó ante el pequeño bulto, el bebé echado en su camino, se paró. El enorme animal dio un paso más y se detuvo justo sobre el niño, así el resto de los toros y vacas tenían que apretarse para pasar por la derecha o la izquierda. El viejo toro estaba parado como una roca en el sendero al río y el resto de la manada fluía como olas a su alrededor. Mientras los otros animales bebían en el río, el toro se quedó cuidando al bebé.

Eventualmente los campesinos se preguntaron por qué el toro no se había ido hasta el río, y cuando volvieron a mirar encontraron a un niño echado salvo y sano entre las cuatro patas del animal. Sólo cuando el niño fue retirado, el viejo toro bajó hacia el río para beber.

Ahora, los padres de Zaratustra se dieron cuenta de que era el rey Duransarun quien había tratado otra vez de matar a su hijo. Así que decidieron huir.

Una noche, secretamente, abandonaron su hogar y viajaron fuera del país donde Duransarun, el sirviente de Ahrimán, mantenía su poder. Llegaron a otra región de Persia donde gobernaba el rey Vishtaspa. Este rey no era malo y tampoco sabía nada sobre el niño Zaratustra, el amado de Ahura Mazda, que había venido al mundo.

## El ángel “buen propósito”

Los padres de Zaratustra habían huido con su hijo a una región de Persia gobernada por el rey Vishtaspa. En aquella parte del país la gente no sabía nada de Ahura Mazda. Aunque el rey Vishtaspa no era un hombre malo, sus consejeros eran sacerdotes que usaban magia negra. Estos hombres astutos adoraban a los demonios enviados por Ahrimán y a menudo lograban que el rey hiciera lo que ellos querían.

Y Zaratustra se hizo mayor en esta región de Persia, donde la gente no sabía nada de Ahura Mazda y sacerdotes malvados le aconsejaban al rey. Aún como hombre joven, era muy diferente a otros de su misma edad. Le gustaba estar solo, hacía largas caminatas, y pensaba mucho sobre la maldad alrededor suyo. Sentía gran tristeza por ello y se preguntaba qué podía hacerse para cambiar las cosas.

Un día, cuando él estaba en profundos pensamientos sobre este problema, llegó hasta el borde de un río. Zaratustra había estado caminando durante mucho tiempo, había vagado muy lejos, y no había otra gente en kilómetros y kilómetros a la redonda. Cuando se detuvo frente al río, todo parecía muy calmo a su alrededor. Ningún viento agitaba el pasto, ninguna hoja se movía en los árboles.

Mientras se preguntaba sobre el profundo silencio, de repente apareció ante él una gran figura, de deslumbrante blancura y nueve veces tan alto como un ser humano. Esta figura de luz sostenía en una mano un largo bastón brillando como el oro.

Entonces la figura de luz le habló a él y dijo:

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

—“Yo soy el mensajero del dios de la luz, Ahura Mazda, y mi nombre es Vohu Manah, “Buen Propósito”. De mi amo yo traje cada pensamiento bueno y verdadero que siempre ha aparecido en las mentes humanas. Y he venido a llevarte conmigo hacia Ahura Mazda, porque verás al señor de la luz cara a cara.

*Pero sólo tu espíritu puede elevarse hacia los cielos donde Ahura Mazda gobierna, no tu cuerpo. Tu cuerpo debe quedarse aquí en la Tierra”.*

Después de que el Ángel dijo estas palabras, Zaratustra sintió que su cuerpo era como un abrigo o prenda que podía sacarse. Dejó su cuerpo echado en el suelo, su espíritu remontó junto con el ángel “Buen Propósito” y entró al reino de pura luz, el reino de Ahura Mazda. En este reino de luz nada daba ninguna sombra y todas las cosas y todos los seres brillaban de luz, la luz de la bondad que venía de ellos mismos.

En la Tierra, la bondad no se muestra a sí misma tan fácilmente, pero en el reino de luz la bondad brilla con intensidad. Y allí, en el reino de luz, donde no hay sombras y la bondad brilla, Zaratustra vio multitud tras multitud de Ángeles y Arcángeles —los Ángeles están más arriba que el hombre y los arcángeles están más arriba que los ángeles—.

Entonces vio a Ahura Mazda, el señor de los Ángeles y Arcángeles.

El dios habló a Zaratustra y le dio normas de buenos propósitos, buenos pensamientos, buenas acciones y buenas palabras.

Y Zaratustra supo que él tenía que enseñar estas normas a los hombres en la Tierra. Entonces el ángel “Buen Propósito” lo devolvió a su cuerpo que yacía acostado en el suelo como si estuviese muerto. El espíritu de Zaratustra entró en su cuerpo como si se pusiera un saco y partió a enseñar a los hombres el modo de vida que los guiaría hacia el reino de luz.

Al poco tiempo, Ahrimán vio que la gente se alejaba del mal y que él estaba perdiendo poder sobre ella. Cuando morían, ya no iban hacia sus negros dominios de oscuridad y eterno frío. Se iban, en cambio, al reino de luz. Por esto, el príncipe de la oscuridad convocó a todos sus monstruos y malos espíritus y los dirigió para atacar y destruir a Zaratustra.

Vinieron del norte trayendo con ellos una helada tan terrible que los pájaros morían el aire y el suelo se heló tan duro como roca. Pero Zaratustra recitó las palabras de una plegaria santa que él había aprendido de Ahura Mazda y los espíritus malignos perdieron su poder. El aire volvió a ser cálido, el hielo se derritió, y Ahrimán huyó. Cuando éste se dio cuenta que no podía vencer a Zaratustra por la fuerza, trató de destruirlo con la astucia. Se apareció ante Zaratustra en la forma de un hermoso ángel y le dijo:

—*¡Venérame, oh Zaratustra! Haz lo que yo te ordene, porque yo soy el más santo de los santos Ángeles de la luz”.*

Pero Zaratustra le respondió:

—“Yo he visto a los Ángeles que sirven a Ahura Mazda. Sé que no sólo son hermosos cuando ves sus caras, ellos son también hermosos desde atrás. Date la vuelta y muéstrame tu espalda”.

Pero Ahrimán contestó:

—*“No me hagas dar la vuelta. Yo pertenezco a los ángeles que son diferentes, somos hermosos por delante, pero nuestras espaldas no lo son”.*

Zaratustra le contestó:

—*“¡Te ordeno que te des vuelta”.*

El Ángel que parecía tan hermoso se dio vuelta y toda su espalda era nada más que retorcidas serpientes negras.

De nuevo Zaratustra recitó las palabras santas que había aprendido de Ahura Mazda, y la horrible criatura, que era hermosa por el frente y de retorcidas serpientes negras por detrás, huyó aterrorizada. Entonces a Zaratustra sintió la necesidad de visitar al rey Vishtaspa para hacerlo un servidor de Ahura Mazda.

## En la corte del rey Vishtaspa

Habiendo hecho que Ahrimán huyera, Zaratustra continuó con la tarea que le había dado Ahura Mazda. Enseñaba a la gente a tener buenos propósitos, buenos pensamientos, hacer buenas acciones, y hablar buenas palabras, para que al final de sus vidas se elevaran al Reino de la Luz. Pero se dio cuenta que mucha gente en esa región de Persia no le escucharía. Decían:

—*“Si lo que nos dices es cierto, ¿por qué es que nuestro propio rey no sigue tus enseñanzas? Ni nuestro rey, ni su reina, ni sus ministros y generales parecen tomarlas en cuenta. Nosotros somos pobres, gente ignorante, no podemos decir si debemos creerte o no. Pero si puedes persuadir al rey de adorar a Ahura Mazda, entonces nosotros también seguiremos y obedeceremos al dios de la luz”.*

Zaratustra se dio cuenta que haría pocos adelantos entre esta gente hasta que primero lograra que el rey adorara a Ahura Mazda. Pero esto no era una tarea fácil porque el rey Vishtaspa tenía muy malos consejeros y sacerdotes. El rey estaba tan acostumbrado a seguir a los consejeros de ellos que sería muy difícil hacerle cambiar de idea. Pero Zaratustra, el fiel sirviente del dios de la Luz, no retrocedería de una tarea porque fuera difícil. Le rezó a Ahura Mazda pidiéndole ayuda y entonces salió para la corte real.

El rey ya había llegado a escuchar del extraño predicador que iba a través del país contándole a la gente sobre el Reino de la Luz. Sus malvados sacerdotes, no obstante, le habían dicho a Vishtaspa de que el predicador era un mago infame. Decían que Zaratustra

usaba los cuerpos muertos de gatos y murciélagos y el cabello de perros muertos para hacer un horrible brebaje de brujas, y ese brebaje le daba el poder de enfermar a la gente.

Ahora el rey también había oído que Zaratustra era gentil y sabio, así que sentía curiosidad por ver realmente qué clase de persona era y un día en que el rey Vishtaspa estaba sentado en su trono, rodeado de sus generales parados en sus brillantes armaduras y sus consejeros y sacerdotes en sus ropas escarlatas, apareció un sirviente y se postró ante el rey.

El rey le permitió hablar y éste le informó que Zaratustra estaba afuera y había pedido permiso para verlo.

A la orden del rey, el sirviente se levantó, salió y volvió con Zaratustra. El rey Vishtaspa y su corte vieron a un hombre alto con barba y largo cabello negros, llevando puesto una túnica larga y blanca. *¿Pero qué llevaba él en su mano? ¿Era una vela? ¿Era una antorcha ardiendo?*

Cuando Zaratustra se acercó, vieron que de su mano extendida se elevaba una llama de fuego, parecía que crecía de la palma de su mano como una flor. Era una Flor de Fuego pero su mano no estaba dañada en absoluto. Entonces Zaratustra dijo:

*—“La llama que ves en mi mano es signo y prueba de que he sido enviado por el Señor de la Luz y el Fuego, por Ahura Mazda. ¿Quieres escuchar a su mensaje?”*

El rey Vishtaspa, asombrado, le preguntó a Zaratustra si no le incomodaba la gran llama en su mano, y le dijo que estaba dispuesto a escucharlo. Zaratustra le susurró a la llama y ésta desapareció. Luego comenzó a hablarle al rey Vishtaspa sobre el Reino de la Luz y las reglas de Ahura Mazda. Pero los malvados sacerdotes le hablaron contra él y el rey no sabía a quién creerle.

Al final del día, a Zaratustra se le dio una casa en los terrenos del palacio para descansar porque el rey quería hablar otra vez al día siguiente. Pero los malvados sacerdotes tomaron un gato y un murciélago muertos y los escondieron en la casa de Zaratustra cuando él estaba afuera.

Entonces, llamaron al rey, le mostraron las cosas horribles y dijeron:

*—“Te dijimos que él usaba magia negra. Aquí están las pruebas”.*

Cuando el rey Vishtaspa vio eso, se puso furioso. Los sacerdotes tuvieron éxito con su engaño y, a su orden, Zaratustra fue apresado y echado a prisión.

Sucedió que el rey Vishtaspa tenía un caballo favorito, un semental negro, que lo había llevado consigo a través de muchas batallas y al que amaba como a un amigo. Pero en los días en que Zaratustra fue enviado a prisión, su hermoso caballo negro fue atacado por una extraña enfermedad. Permanecía echado y con sus cuatro patas dobladas, que se pusieron tan duras como la madera.

El rey estaba terriblemente preocupado. Consultó a los doctores y a los malvados sacerdotes, pero ninguno de ellos pudo ayudarlo. El caballo seguía enfermo.

En su celda de la prisión Zaratustra oyó a los soldados que estaban parados en la guardia hablar sobre el caballo enfermo y la pena que sufría Vishtaspa. Llamó a los soldados y les pidió:

—“Vayan a ver al rey y decidle que yo puedo curar su caballo sólo si él acepta cuatro Condiciones”.

Cuando el rey recibió el mensaje de Zaratustra quedó rebotante de alegría. A su orden, Zaratustra fue liberado de la prisión y llevado ante el rey. Juntos fueron a los establos donde estaba guardado el caballo y Zaratustra dijo:

—“Prometerás de echar los malos sacerdotes fuera de su corte”. El rey dijo:

—“Lo prometo”.

Y en ese momento, el caballo estiró una pata. Entonces Zaratustra dijo:

—“Prometes adorar a Ahura Mazda y seguir las reglas del Reino de la Luz. El rey dijo:

—“Lo prometo”.

Inmediatamente el caballo estiró otra pata. Entonces Zaratustra dijo:

—“Prometerás que tu mujer, la reina, adorará a Ahura Mazda.

Otra vez el rey prometió y el caballo estiró su tercera pata. Finalmente Zaratustra dijo:

—“Quiero una promesa más. ¿Pelearán tus generales y guerreros por la religión de

Ahura Mazda?”

Después que el rey aceptó la última promesa, el semental negro estiró la cuarta pata y brincó, poniéndose de pie. Y el rey Vishtaspa mantuvo sus cuatro promesas. Los malos sacerdotes fueron echados y el rey y la reina adoraron a Ahura Mazda y vivieron bajo las reglas del Reino de la Luz.

Una vez que el rey Vishtaspa y su esposa habían hecho esto, la gente que gobernaba lo siguió y sus generales y guerreros también juraron defender la religión de Ahura Mazda. Pero habiendo mantenido su promesa, el rey Vishtaspa pidió un favor de Zaratustra.

Pronto escucharán cuál fue este favor.

## El reino de luz

El rey Vishtaspa mantuvo sus promesas y él y toda su pueblo adoraban a Ahura Mazda. Pero quería estar seguro de que al final de sus días, él ascendería al reino de luz. Así que le dijo a Zaratustra:

—“Te pido un favor, déjame al menos entrever el Reino de la Luz”.

Zaratustra levantó sus brazos y rezó para que el deseo del rey fuera concedido. Hubo un gran sonido como de trueno, la tierra tembló y, allí, en el palacio real, estaban paradas tres figuras de radiante luz; tres Arcángeles.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

El rey y los cortesanos temblaron de miedo ante estas poderosas y brillantes figuras. Pero los Arcángeles les hablaron y calmaron sus miedos. Uno de ellos sostuvo una copa de oro a los labios del rey Vishtaspa y dijo:

—*Bebe de esta copa, contiene el agua de la vida. Y aquél que beba del agua de la vida puede ver el futuro*”.

El rey bebió y, al instante, la corte real, sus ministros y los Arcángeles parecieron desaparecer. Y entonces se esparció ante sus ojos un cuadro de todo lo que iba a sucederle a él en los años por venir. El rey Vishtaspa se vio a sí mismo dirigiendo a su ejército en una batalla y derrotando a sus enemigos. Y con cada victoria vio como la religión de Ahura Mazda se esparcía más y más lejos. Y entonces él se vio como un hombre viejo en el final de sus días en la tierra. Pero esto no era todo lo que él vio. En esa gran visión, la tierra fue dejada atrás. El rey Vishtaspa pareció elevarse y apareció delante de él un puente entretejido con rayos de sol.

Para la gente buena, honesta y llena de verdad el puente era amplio. Podían caminar a salvo sobre él y entrar al Reino de la Luz al otro extremo. Pero para gente mala, para los mentirosos y tramposos, para los crueles y sin corazón, el puente se estrechaba hasta que era tan angosto como el borde de un cuchillo bien afilado. Y se caían dentro de un oscuro abismo que era el reino de Ahrimán.

Entonces el rey Vishtaspa se vio a sí mismo caminando a salvo a lo largo del puente y que en el otro extremo era bienvenido al Reino de la Luz por los tres mismos Arcángeles que habían aparecido ante él en su palacio.

Después de que se vio entrando al mundo donde no hay sombras, la visión desapareció y el rey Vishtaspa estaba de vuelta en su corte real con sus ministros, cortesanos, Zaratustra y los tres brillantes arcángeles. Y este gran cuadro —en el cual había visto su vida futura, sus años de batalla y victorias, su muerte y lo que vino después— todo esto había durado tan solo un instante.

El deseo del rey había sido cumplido pero los tres Arcángeles hicieron aún más. Otro de ellos sostuvo una flor delante del Gran Visir, el ministro de más rango del rey Vishtaspa. Cuando El Gran Visir inhaló la dulce esencia de la flor, su mente se llenó con la más alta sabiduría para que sus consejos al rey siempre fueran correctos.

Y el tercer Arcángel se acercó al más alto general del rey y le dio a comer una fruta. Cuando la había comido, se volvió invulnerable y ningún arma pudo hacerle ningún daño.

Después de hacer todo esto, los tres arcángeles bendijeron al rey Vishtaspa en el nombre de Ahura Mazda, y desaparecieron. Y el rey, su corte y toda su gente miraron con gran reverencia al hombre santo, Zaratustra, que pudo invocar a los Arcángeles desde el cielo.

## La estrella de oro del futuro

Con el paso del tiempo, ocurrió todo lo que el rey Vishtaspa había conocido en su visión. Dirigió a su ejército a muchas batallas y las ganó cada vez. Su Gran Visir devino sabio por sobre todos los hombres. Su general no pudo ser herido por ningún arma. Ningún enemigo tenía esperanzas de ganar contra tal rey, tal ministro y tal general. Victoria tras victoria, Vishtaspa se hizo gobernante de un gran imperio donde toda la gente adoraba a Ahura Mazda.

Fueron construidos muchos templos al dios de la luz, y el fuego santo se mantenía encendido día y noche. Pero donde hay templos, debe haber sacerdotes.

Zaratustra era el más alto sacerdote de Ahura Mazda, pero necesitaba de otros sacerdotes que ayudaran a enseñar la religión de Ahura Mazda, para proteger el fuego sagrado en todos los templos, y ayudar a que la gente viva de verdad a las reglas de buenos propósitos, pensamientos, palabras y acciones.

Necesitaba muchos sacerdotes y Zaratustra los eligió de entre los mejores hombres de Persia. Se hicieron sus alumnos y les enseñó lo que él había visto y oído en el Reino de la Luz. Estos alumnos de Zaratustra fueron llamados Magi.

Pasaron muchos años y Zaratustra se hizo viejo. Cuando era un hombre viejo, él llamó al mejor de los Magi y le dijo:

*—“Todo lo que he hecho en mi vida era sólo una preparación para algo más grande y maravilloso que ocurrirá en el futuro, tres mil años en el futuro. Entonces el verdadero salvador de la humanidad, Saosyant, nacerá en la Tierra y vencerá aún a la misma muerte. Recuerda que mi nombre, Zaratustra, significa ‘estrella de oro.’*

*—“Cuando nazca aquel verdadero salvador de la humanidad en la Tierra, una estrella de oro aparecerá en el cielo. Por la luz de esta estrella, mi espíritu guiará a los verdaderos y fieles Magi de esos tiempos, al lugar donde el niño santo es nacido”.*

Cuando Zaratustra dijo esto a sus alumnos tenía 77 años y sabía que su propia vida estaba acabándose. Pero no moriría pacíficamente. Los malvados sacerdotes, los sirvientes de Ahrimán, no habían olvidado que él los había echado de la corte del rey Vishtaspa y querían vengarse. Esperaron un tiempo y cuando el hombre anciano estaba solo, cayeron sobre él y lo asesinaron. Pero sólo lo pudieron matar porque era el momento para Zaratustra de dejar la tierra y retornar al Reino de la Luz.

Más tarde, el rey Vishtaspa, el poderoso gobernante, también murió y cruzó el gran puente hacia el Reino de la Luz. Después de él vinieron otros gobernantes, pero no eran tan buenos como él lo había sido.

Lentamente, en cientos de años, los reyes de Persia dejaron otra vez que Ahrimán ganara poder sobre sus corazones y mentes. Se hicieron malvados y crueles y aun entre los Magi, sólo unos pocos quedaron puros, buenos y sabios. Los otros se volvieron magos. De hecho, la palabra mago actual viene de la palabra Magi.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>  
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

Y en la plenitud del tiempo, después de tres mil años, el niño Jesús nació en Belén y una radiante estrella de oro brilló en el cielo. Cuando la estrella apareció en el cielo, habían quedado sólo tres Magi que conocían y entendían lo que esto significaba. En algunos libros, son llamados los 'tres hombres sabios' o 'los tres Reyes Magos.' Eran los últimos verdaderos y fieles Magi, sacerdotes de Ahura Mazda, y ellos viajaron desde Persia a Belén y llevaron regalos para el niño Jesús.

¡Y fue la estrella de oro de Zaratustra que los guió hacia Belén!

Aportación: Colegio Waldorf Lima

Otras historias sobre *la Antigua Persia* se encuentran todas juntas en el enlace:

<https://ideaswaldorf.com/antigua-persia-c-kl>